

Suena el despertador, y aunque abra los ojos, da igual. Aunque sé que es de día, todo está oscuro para mí. Me incorporo, y me siento en la cama. Estiro el brazo, y ahí está la silla con mi ropa. Poco a poco, con cuidado, me visto, aunque no encuentro los calcetines. Se me deben haber caído cuando cogía el montón de ropa. Mierda, tendré que pedir ayuda. Odio cuando los días empiezan así, pidiendo ayuda.

Escucho unos pasos, agudizo el oído. Es mi hija, lo sé porque noto su alegría incluso cuando va correteando por la casa. He tenido que aprender a reconocer a mis hijos por su andar. Le llamo, y le pido los calcetines. Me los da junto con el primer beso del día. Esto sí es bueno; cada vez que me besan, puedo ver sus caras nítidas, aunque sé que en dos años habrá cambiado.

Me dirijo hacia la cocina. Desde el accidente se ha convertido en un trayecto mecánico, al igual que todos los demás, siempre los mismos pasos, con las mismas pautas. Tres zancadas, una puerta. Giro a la derecha, cuidado con el aparador. Diez pasos más a lo largo del comedor, y llegaré a la cocina.

Creo que es lo que más me ha costado aprender, el aparentar seguridad. No debe parecer que titubeas, no debes parecer débil. No tienes que dejar que se compadezcan de ti, no lo mereces, eres capaz de hacerlo. Pero está ahí. No sabes que hay delante, no sabes que hay alrededor, y si algún día alguien se deja una silla fuera de lugar, de repente todo se detiene. Y es aún peor sentir su culpa, saben que no deben dejar nada en medio, pero es normal que se les olvide, son críos, pero cada vez que tropiezo, o peor aún, cada vez que caigo, puedo sentir toda su pena por haberme fallado.

Pero ahí estoy yo, sigo siendo su padre, y no puedo permitir que se sientan culpables por ser niños. Siempre les hago bromas, para que se relajen, pero para ellos también es duro tener un padre ciego.

Por fin he llegado, sin tropezarme, y me siento en la cocina. Adoro el olor del café recién hecho. Mi mujer antes hacía grandes cafeteras que nos duraban varios días, pero desde que le dije lo mucho que me gustaba el olor, ahora lo hace a diario. Para ella también es duro, ha sacrificado dos horas diarias de sueño por facilitármelo todo, creo que sin ella no habría sido posible.

Os decía lo mucho que me gusta el olor a café. Puedo notar como su aroma se acerca hacia mí, saliendo en forma de humo desde la taza, pero sobre todo, noto su olor, el de ella, el único que consigue que me dé igual todo el café del mundo. Y junto con mi taza de café diaria, el segundo beso del día, aunque este sea diferente. Todo el mundo le da importancia a los besos en la boca, pero nadie los siente como nosotros los

sentimos. El tacto en los labios, la suavidad del contacto, la calidez del acto, lo tierno del momento.

Y por fin estamos todos preparados, desayunados, listos para un nuevo día. Hoy, por fin, iré solo al trabajo. Me despido de mis hijos, sé que están orgullosos de su padre, y me emociono. Mi esposa me da un abrazo, un beso en la mejilla, y me desliza el móvil en el bolsillo interior del abrigo. Me recuerda que para cualquier cosa, le puedo llamar, e irá a donde la necesite, pero que sabe que seré capaz de hacerlo sólo. Noto un atisbo de duda en su voz, lógico, pero seguro que esta noche, cuando cenemos todos juntos, lo que saldrá de su garganta será alegría, porque hoy he dado un paso más.

**Autor: Javier Moguel. Distribuido con permiso de [Zoozobra Magazine](#).**

**Obra protegida bajo licencia [Creative Commons](#).**